

más que todo eso, es algo superior á todo eso; es la mecánica que resulta, no sólo de las fuerzas individuales; la dinámica que resulta, no sólo de las vidas y existencias individuales sobrepuestas; es un todo orgánico, y representa para las generaciones lo que representa el Universo para los cuerpos, lo que representan lo infinito y Dios para las almas. Por eso, de la sociedad, ora en esta forma, ora en otra forma, ora en esta region de la tierra, ora en otra region, ora en este, ora en otro período de tiempo y de la historia, de la sociedad puede decirse como de la humanidad: el individuo yerra, pero la humanidad es infalible: el individuo muere, pero la humanidad es inmortal: el individuo peca, pero la humanidad se levanta sobre los pecados individuales, pura, inmaculada, con la cabeza en el éter y las plantas, quebrantando el cuerpo de la serpiente del mal, como las ideales y sublimes Concepciones de nuestro gran Murillo.

Y como yo creo que la sociedad tiene este gran poder, yo le entrego el castigo de las ideas erróneas, de los principios inmorales; el único castigo justo y el único eficaz; el castigo del error por la verdad, el castigo de las ideas impuras, de las ideas falsas, con algo más poderoso que todos los poderes, más coercitivo que todas las fuerzas, con la inapelable opinion pública, el gran poder moral de los modernos tiempos.

La sociedad no pierde un órgano esencial á su existencia sin que lo sustituya inmediatamente por otro. Los antiguos poderes que vinculaban las ideas morales, se han ido debilitando á los golpes de la filosofía. Pero á medida que esos poderes se han ido debilitando, la razon pública, la pública conciencia, han ido creciendo con más fuerza, hasta levantarse á ejercer un magisterio moral, sin cuyo ejercicio estarian perdidas las sociedades modernas. Este poder no tiene ni estado,

ni gobierno, ni jueces, ni policía, ni Código penal, ni cárceles, ni castigos materiales; pero tiene una virtud y una fuerza incontrastable en sus sentencias, dictadas á la opinion. El castigo del error debe ser, como es, la naturaleza del error. El castigo del error debe ser moral. Cuando no es moral, cuando es material, cometéis una injusticia; y al cometer una injusticia, elevais la profesion del error á la categoría de un sacerdocio, y enalteceis la vida del error con los místicos resplandores del martirio. El castigo del error está, y no puede ménos de estar, en la pública reprobacion de la sociedad. Ese es el espíritu de los modernos tiempos.

No desconozcamos la naturaleza humana. Las verdades más necesarias á la conciencia brotan y se abrigan al abono del error, como las plantas más necesarias á la vida brotan y se abrigan bajo el abono del estiércol.

La conciencia moral jamás se hubiera levantado sobre los antiguos altares, como el sol se levanta sobre las cordilleras; jamás se hubiera levantado en el alma de Sócrates sin los sofistas. La religion cristiana jamás hubiera venido al mundo sin aquellas sectas de esenios, elionitas, terapeutas, alejandrinos, neo-platónicos, filónicos, que dieron al espíritu la sed de lo infinito. Las ciencias modernas, la química por ejemplo, no hubiera nacido sin los alquimistas que buscaban codiciosos el oro. El Renacimiento brotó en medio de los cismas, de las sectas más várias, de las herejías más trascendentales, de un diluvio de errores. Libertad de creer, libertad de pensar sin errar, es tan imposible como el movimiento de la tierra sin estaciones, como el sol sin calor, como el aire sin viento, como la vida sin dolor y sin mal: que está el error como el mal en el límite, y el límite pegado como una cadena perpétua á nuestra débil naturaleza.

Y aquí, señores Diputados, entro á tratar del discurso de mi amigo el Sr. Cánovas. Pocas veces, quizá ninguna, he oido al Sr. Cánovas del Castillo tan elocuente como el viérnes. A la impetuosidad de su gran palabra, á la alteza de sus ideas, reunia un calor de sentimiento que iluminaba con grandes destellos todo su discurso. Yo, que soy antiguo y cariñoso amigo de S. S., recordaba aquellos tiempos en que discutia con él en la Universidad y en que nos superaba á todos por la elevacion de sus ideas y por la elocuencia de sus palabras. Pero, señores Diputados, habia en su discurso algo completamente extraño á su naturaleza, á la naturaleza de su temperamento, á la naturaleza de su inteligencia. Descubria yo en el Sr. Cánovas, al cual creo un repúblico acostumbrado de antiguo á mirar los problemas sociales sin preocupacion y sin miedo; descubria algo de aquella sublime desesperacion elegiaca de Donoso Cortés.

Parecia que todas sus afirmaciones iban á resolverse en una grande Apocalipsis que diga á la sociedad moderna: «No tienes remedio.» ¿Y por qué? Porque han aparecido en la superficie de la sociedad ciertas utopias. Pues, señores Diputados, así como toda ciencia empieza por hipótesis; así como empieza siempre la moral por ser una simbólica; así como empieza siempre la metafísica por ser una teología; así como empieza siempre la ciencia natural por ser una magia; así como siempre empieza la química por ser una alquimia; así como empieza siempre la historia, en vez de ser la ciencia de lo que sucede, por ser una leyenda, un poema ó un mito, así tambien todo grande movimiento social comienza y debe comenzar por una utopia. La primera facultad que se desarrolla en el hombre es la fantasía, es el sentimiento. Pues qué, ¿puede negar el Sr. Cánovas del Castillo la existencia del problema social?

¿Debe negarlo un talento tan grande y tan conocedor de la sociedad moderna como el talento del Sr. Cánovas del Castillo? ¿No existe? Pues qué, señores Diputados, ¿no existe la cuestion del trabajo? Mirad á vuestro alrededor todas las sociedades modernas.

Mirad la triste suerte del trabajador. Nace, y en el nido de su cuna apenas tiene el calor maternal, porque su madre está alejada del hogar y adherida al taller. Crece sin instruccion y sin escuelas. Apenas salido de la infancia, cuando necesita aire, luz, movimiento, ¿eterno penado! lo entregan al trabajo forzoso. Funda una familia tan desgraciada como él. Tiene hijos, y no puede educarlos, y no puede mantenerlos. Llega á la vejez. ¡Ay! está inválido, no cuenta ahorros: y la implacable sociedad le entrega, como los antiguos entregaban el esclavo anciano al hambre, lo entrega á la muerte en la desesperacion y en la miseria.

Mientras tanto, en el mundo de la produccion, tan lleno de vida, tan superior al mundo de la naturaleza, ha tenido la principal parte del esfuerzo, sin tener parte ninguna en el goce. ¿Seremos tan impíos que no tengamos entrañas para sentir todos estos dolores, ni voluntad para remediarlos en cuanto de nosotros dependa? Pues qué, ¿materialmente no se ha aliviado el trabajo? La lámpara de Davy con que el minero baja ahora á las entrañas de la tierra; la trompa del elefante con que el tornero de metales se preserva del envenenamiento; la limonada que toma el preparador del fósforo, la máquina que economiza fuerzas materiales, todos estos adelantos han mejorado las condiciones físicas del trabajo. ¿Y no se han de mejorar sus condiciones sociales? Sería más dura, sería más cruel que la naturaleza esa sociedad, mucho más dura que la naturaleza, la cual recibe con implacable indiferencia la sangre y las lágrimas vertidas sobre su seno, donde se

pierden las generaciones muertas, como las gotas de lluvia en la inmensidad del Océano.

Decía el Sr. Cánovas del Castillo: «¿Qué trabas hay en la sociedad moderna? ¿Qué cadena arrastra todavía el trabajador?» No quiero, señores Diputados, detenerme sobre este asunto; pero me bastaría recorrer todas nuestras instituciones para encontrar esa cadena. No hablaré de los señoríos y otros restos feudales. Todavía existen grandes monopolios, todavía existen grandes trabas. Todavía el trabajo militar es una obligación del pobre y no del rico, que se exime de ella con algo ménos de lo que le cuesta su caballo de regalo. Todavía en nuestras costas hay una cadena de siervos, no del terreno, sino del viento y de las olas. Todavía existen las contribuciones indirectas, que vienen á ser contribuciones progresivas sobre la miseria. Todavía, señores Diputados, se discute aquí si debe prohibirse una asociación cuyo único objeto es mejorar de esta ó de la otra suerte las condiciones del trabajo: todavía hay un artículo en el Código penal, mediante el que se castiga al coaligarse para tratar de subir el precio del trabajo, como si el trabajo no fuera una propiedad, y la propiedad, según vuestro criterio, no fuera el *jus utendi et abutendi*. Pero el propietario puede usar y abusar de su propiedad, y no puede usar y abusar el trabajador de su trabajo. ¡Qué horrible iniquidad!

Señores Diputados, sé ya lo que me va á decir, lo mismo que me dijo el otro día, el Sr. Cánovas del Castillo: «Luego el Sr. Castelar ha renunciado á todas sus ideas, luego el Sr. Castelar ha olvidado todas sus polémicas, luego el Sr. Castelar es socialista.» Conviene, señores Diputados, á la buena fe y á la rectitud de esta discusión, conviene á su moralidad que aquí sea yo muy claro, sea yo muy franco. Yo, cuando el pueblo estaba en la desgracia, es decir, cuando no había lle-

gado ni al sufragio universal ni á los derechos individuales, yo le dije todo lo que debía esperar, todo lo que podía esperar de mis pobres y estériles esfuerzos. Y no sería digno de hablar ante vosotros, no sería digno de hablar ante mi propia conciencia, si porque hoy el pueblo se ha emancipado, si porque es depositario del sufragio universal, y en último término, nuestro juez y nuestro soberano, en logro de una popularidad que nunca he pedido, abjurase alguna de las ideas de toda mi vida. Haría mal, señores Diputados: y en conciencia y en razón, ¿no sería el último de los hombres si arrojase frases huecas al pueblo para excitar su hambre, y en el día del triunfo le dijera: «yo no tengo que dar más que la libertad»? Pues no, no tengo más que darle, no puedo dar al pueblo más que su derecho. La redención debe depender de sus esfuerzos. Y así mantengo todas mis ideas.

Creo que el comunismo es la más absurda de las reacciones. Creo que al intentar volver una sociedad libre, como la nuestra, á los tiempos comunistas, sería tan insensato como intentar que un hombre se convirtiera en feto. Creo más: creo que el mundo no va hácia el comunismo, creo que viene del comunismo; creo que va por movimientos instintivos como el movimiento de los municipios en la Edad Media; por movimientos reflexivos, como el que produjo la reforma del siglo XVI; por movimientos nacionales, como el que se coronó con la independencia de Holanda y el que se coronó con la libertad de Inglaterra; por movimientos democráticos, como la revolución de los Estados- Unidos, la cual es el pórtico de toda la América; por movimientos humanos, como la revolución francesa; creo que va hácia la libertad, diferenciándose tanto el mundo de hoy del mundo de los tiempos comunistas, como se diferencia el árbol de la raíz, y como se diferencia el

fruto de la informe semilla que lo ha engendrado. Yo creo más todavía, señores Diputados: creo que la propiedad colectiva no está en la columna de fuego en que se inspira la humanidad para caminar hácia adelante, no; está en el monton de escorias que ha dejado á sus espaldas: está en el municipio moscovita, en el convento comunista, en los hermanos moravos, en el hechizado Paraguay; en todos los pueblos donde el hombre se ha enterrado como un cadáver, sin personalidad y sin conciencia, en las entrañas de la naturaleza.

Pero porque creo en todo esto, señores Diputados, ¿pensais que no he creer en la emancipacion económica y social del pueblo? Pues creo en la emancipacion económica y social del pueblo.

El error de todas las escuelas autoritarias ha consistido en creer que el bienestar social del pueblo se encierra en una fórmula, cuando el bienestar social del pueblo ha de ser un resultado. Y para comprobar esto, no hay más que comparar la sociedad que cae más acá con la sociedad que cae más allá de la revolucion francesa. En aquella sociedad no hay más propietarios en realidad que el Rey, los nobles y el clero. El pueblo vive, trabaja y pecha: los nobles y el clero se exentan. Así en Francia, señores Diputados, se gastaban en los primeros tiempos de Luis XVI anualmente 18 millones de francos en jabon, en ese ingrediente necesario para la limpieza universal, miéntras se gastaban 24 millones de francos en los polvos con que la aristocracia embellecia sus cabellos y sus pelucas. Esta triste estadística es una verdadera revelacion del estado social. Así el pobre se envuelve en esteras. Nueve millones de hectáreas están sin cultivo. Las habitaciones de las clases pobres compiten con las chozas de los salvajes. Viene la revolucion, y hoy existen en Francia 180.000

propietarios que poseen 18 millones de hectáreas; 700.000 que poseen 15 millones de hectáreas, y cuatro millones que poseen otros 15 millones de hectáreas: de suerte, señores, que hoy hay en Francia cinco millones de propietarios.

Ahora bien, me diréis: ¿y qué fuerza tienes tú, despues de haber declarado la propiedad individual, qué fuerza tienes tú, qué poder tienes tú para realizar progresos análogos?

Una federacion fundada contra la guerra necesariamente ha de ser saludable al trabajo. Miraba Brighth el suelo inglés y decia: « Si hubiéramos gastado en él cuanto gastamos en las guerras con Francia, cada inglés podria tener una casa de recreo.» Veintisiete mil millones de francos ha gastado el Imperio frances último en ejército y guerra. Si los hubiera gastado en fomentar el trabajo, podria haber hecho 99.000 kilómetros de lineas férreas, ó construido cuatro millones de cómodas viviendas para los franceses pobres. No lo dudeis. Los nuevos progresos políticos, los nuevos progresos económicos han de dar por resultado el creciente bienestar social de las clases trrbajadoras. Hay una fuerza que todavía está casi en su virtualidad esencial contenida, y que cuando esté en accion, sí, en movimiento, producirá grandes beneficios. Esta fuerza es la asociacion.

Si yo fuera de la fe social confesada aquí por un Diputado de la mayoría que acaso votará con el Sr. Cánovas, yo habria de creer que la asociacion puede dividir el género humano en falanges de 160.000 personas y agruparlo en 600.000 palacios de tanta magnificencia que no los tuvieron iguales ni Cresos ni Sesostris; habria de creer que al influjo de la asociacion, un par de botas durarán diez años, y los ahorros producidos por la venta de los huevos de gallina bastarán para ex-

tinguir toda la Deuda inglesa; habria de creer que el trabajo atractivo coronará de flores el polo; tenderá un manto de verdura sobre las arenas del desierto de Sahara; convertirá las hoy amargas aguas del mar en licor suave y delicioso; resucitará la muerta luna, que, acompañada de seis hermanas suyas, revestidas con todos los colores del prisma, llegarán á ser como el coro de musas que encanten las nuevas noches; y despues de setenta y cinco mil años, merced al progreso creciente, indefinido, nuestros cuerpos se trasparentarán, nuestras almas se verán como los luminosos cuerpos y las almas luminosas de los ángeles de Flud y de Bhom en sus cosmologías místicas; hasta que el espíritu de la tierra nos eleve á otro planeta que entre en armonía como ya lo está Herschel, y desde cuyas cimas podemos oír para nuestro deleite las melodías que producen los mundos al girar sobre sus ejes de diamante, las armonías que combinan al trazar sus luminosas parábolas en el ~~bi~~ infinito y divino de todo el universo.

Pues bien, como no tengo la imaginacion de mi amigo el Sr. Diputado á quien aludo, no creo en nada de esto. Yo creo en algo más posible. ¿Convenis, señores Diputados, en el talento práctico de los publicistas ingleses? Creo que para la escuela doctrinaria los publicistas ingleses tienen algo de la virtud que los Santos Padres gozan en la escuela católica. Pues bien; Stuard Mille ha dicho: La cooperacion no es una nueva revolucion, la cooperacion es un nuevo estado social. Y si Stuard Mille, como pensador, os parece demasiado audaz, yo os citaré una nueva autoridad que no podréis recusar, yo os citaré la autoridad de lord Stanley, ilustre heredero del título de Derby. Él ha convenido con Leon Faucher en que la cooperacion es un nuevo mundo.

Y, en efecto, señores Diputados, ¿sabeis lo que á

mis ojos son las huelgas, esas huelgas que tanto os aterran y que se reproducen hoy en todos los Estados políticos de Europa y aún de América? Pues la huelga es lo que el monte Aventino era respecto á los antiguos plebeyos de Roma. En la huelga demuestra el trabajador lo que le conviene demostrar; en la huelga enseña que un dia de suspension de trabajo es un dia de perturbacion en toda la sociedad. Y así como bajaron los plebeyos del monte Aventino á reconquistar sus derechos que les habian arrebatado los patricios, bajarán tambien los trabajadores á la plaza pública á celebrar contratos, en cuya virtud se asociarán el patrono y el operario, el capital y el trabajo. ¿Sabeis con qué fórmula se asociarán? Pues se asociarán con esta fórmula: coparticipacion del trabajador en los beneficios del capital.

Pues qué, señores Diputados, ¿no veis una serie de fenómenos económicos, los cuales anuncian ese nuevo estado social? Estudiadlos, yo os lo pido, estudiadlos. Hay en Inglaterra ciudades obreras levantadas por la actividad del trabajo. Un dia, un juez de paz de Alemania dijo lo siguiente: «Cien pobres valen más que un rico. El rico encuentra dinero con su hipoteca. Si los pobres quisieran, encontrarían crédito hipotecando la solidaridad del trabajo. Pues asociaos y encontraréis lo que necesitais»; y se creó el crédito mútuo, el crédito popular, el Banco popular. Abrióse una grande informacion en tiempo del imperio frances. El grupo X de la exposicion universal, protesta anticipada del trabajo contra los horrores de la guerra, estaba todo consagrado á este problema, al problema de la cooperacion y al de la coparticipacion. ¿Sabeis lo que dijeron á un emperador tan absoluto como el emperador Napoleon, unos cortesanos tan serviles como los cortesanos de aquel imperio? Pues le dijeron: «Los estudios hechos